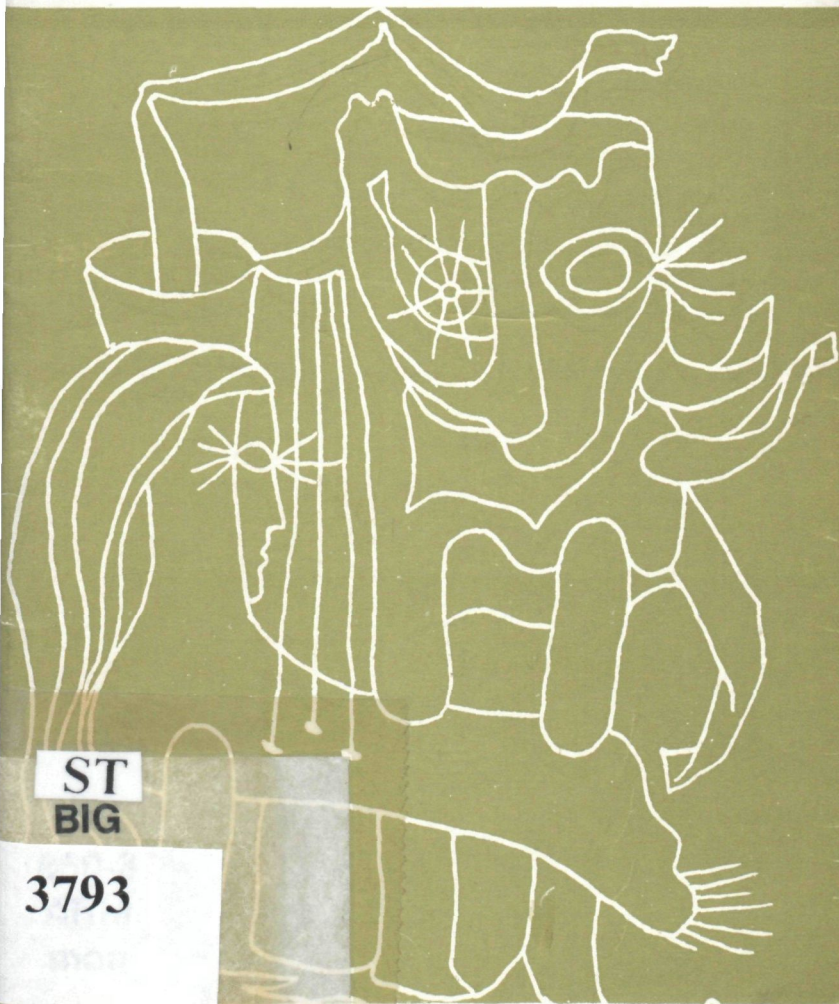


J. J. DE ARMAS MARCELO

MONOLOGOS



ST
BIG

3793

TARIOS PROVISIONALES



LAS PALMAS 1970

J. J. DE ARMAS MARCELO

(Las Palmas, 1946), no tiene paternidad literaria entre los narradores de la España «sagrada», «social» o «picaresca».

La lectura de esta su primera entrega, *Monólogos*, sugiere una saludable reflexión sobre los derroteros de la prosa de ficción actual y, más concretamente, sobre esa zona en sombras del escritor que — a la par de la exposición de la *anécdota* —, se interroga, con evidencia para el lector, en torno a estímulos lingüísticos y nuevos postulados de creación.

**BIBLIOTECA
MANUEL
HERNANDEZ**

25. x

A Marcelo Hernandez
Sorez, cronopio
donde los hay,
con un abrazo de

Juan A.

J.P. 70.

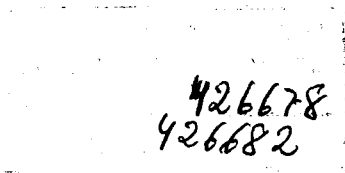
2 - 3

***INVENTARIOS
PROVISIONALES***

Narración



J. J. de Armas Marcelo
MONOLOGOS



ip

INVENTARIOS PROVISIONALES

J. J. DE ARMAS MARCELO

MONOLOGOS



INVENTARIOS PROVISIONALES
LAS PALMAS 1970

Se las entienden con estas ediciones
Eugenio Padorno, J. J. de Armas y
Lázaro Santana

Copyright by J. J. de Armas
Depósito Legal G. C., 287-1970

Imprenta Lezcano. Paseo Tomás Morales, 17

Julio, Mario, Gabó:

¿Qué podré deciros? Si sabéis cantos de vida, si conocéis del problema, América y Europa: el concepto. Si el lecho del hambre habéis escrito, paciencia rota ya en el papel, cien años y el día conversando, paso a paso con sus ochenta vueltas...

Sólo cantaros la victoria: la Academia ya está muerta, la mano sabia, la retórica, se ha ido de la mente. Defunción cardíaca, repentina, desde el otro lado del idioma, para siempre.

Triunfo: libertad de la palabra, sueños de la letra que se escribe. Definitivamente.

ESTE MUERTO

He caminado calles rápido doblando y cruzando esquinas solitarias que gritan y pretenden sin lograrlo agarrarte encarcelarte entre sus lágrimas mudas retenerte al pasar casi perdidas entre cloacas y viejas chimeneas hermanas bastardas sin embargo de las que expulsan humo de felicidad en los mejores edificios del centro principescos hermanos de los mugrosos locales de pobres paredes olvidadas en estos arrabales, a nadie encontrando en la mayoría de los lugares que recorro fijándome sin exceso en todo, está el cielo más claro aunque corre la brisa de noviembre deslizándose helada en gotas frías cortando y plateando en mármol ese rostro también amarfilado y frío exhalando la bruma corpórea y humana que es la vida que se siente, todo para llegar a este sitio el exacto número de la que como otras calles antes me han encomendado sólo en labor informativa y curiosa pensando que los amigos hacen mal en querer enterrar a sus amigos cuando aquéllos son incapaces de hacer cualquier cosa que éstos puedan, luego ese amigo muerto y enterrado sin parientes es mejor vendrán las falsas

alabanzas y las glorias de las publicaciones inéditas, el cuarto está realquilado y bastante pequeño oscuro sin poder decir que sucio, también aquí todavía su cuerpo muerto sobre su vida de papel escrito papela-jos y libros amasados en este cuartucho durante todo su tiempo ese traje gris como negro raído por el uso sobre sus huesos porque es eso solamente lo que ya le quedaba, pienso entonces que tampoco el vivo o el muerto pueden escoger la vida o la muerte con plena libertad en el momento de la elección y sin embargo ahora crees que él habría buscado y encontrado esa muerte que le retiene en su cuarto sobre sus papeles, solía vérsese últimamente parado extasiado y concentrado ante el escaparate de alguna vieja librería pequeña procurando encontrar reliquias de papel de siempre ilusión afanosa de su existencia eremita, las noches solas nunca fueron frías pienso para él entre esos papeles escribiendo rompiendo palabras logrando alguna vista en los ojos casi sin luz ya al amanecer y nunca queriendo pudo publicar nada ni tan siquiera una sólo página única creación para las gentes que nunca supieron de su ser de su pensar en ninguno de los periódicos dicen que son tan malos, con esa apariencia de pobre cualquiera le hacía caso, ahora quizás podemos comprender mejor por qué no le estaba permitido publicar de su experiencia juvenil en la guerra perdida por aquello de no hacer daño ni robo a nadie que él aún debía estar soñando, entre otras cosas esa guerra no se portó bien con los intelectuales siempre ha ido mal para ellos aunque ahora parece que vuelven a reunirse dan conferencias forman círculos visten corbatas limpias y se acicalan a toda hora del día forrándose en la gabardina con el único objeto de cultivar su propia y exclusiva personalidad y en aquella época hay que convenir y convengamos

que no les pudo ir peor ni que vestir sin comer ni vivir vagando amargados en razón sólo sueños dicen y dicen que de sueños no se vive que hay que poner los pies sobre la tierra que vivimos dónde se está dicen y ya pienso que ahora está cambiando la cosa que incluso algunos viven como reyes entronados aún con lo que escriben que no es bueno pero es mucho malo como todo el mundo escribe hay señores que se forran con los libros alardeantes de izquierda y de derecha intelectual en cualquier barra de café de artistas pero en realidad eso es poner a la literatura en un vagón de carga y echarse a dormir entre golpecitos en la espalda y principio de narcisitis y aquí observo a uno de los que no llegaron después de aguantar un aluvión de agua negra pantanosa sobre su mente y sus espaldas durante muchos días meses años tal vez sin irse de su patria sintiéndola suya en cualquier momento en cualquier manera pensando siempre fiel a su naturaleza, no es un secreto que nadie tiene la culpa de que la naturaleza nos haya puesto una cabeza sobre los hombros precisamente para pensar, viviendo de angustia durante mucho tiempo ni en su época de leyes cuando ejercía permitiéndole que fuera salvación para nadie ni la boca para el joven que debía seguir en los estudios que servía ni el reingreso en la fábrica de aquel obrero ninguna defensa fué ganada a pesar de justa y de la necesidad de sentirse necesitado por los demás a pesar de todo se arrastró hasta ese cuarto sin luz sin un llanto ni una lágrima parece haber aflorado ajado después ese rostro esa atención de brillo en ascuas de don desconocido mezcla de placidez y rencor que se adivinan ahora en sus ojos de ángel caído de santo humano todavía abiertos y en ese cuarto con ese hombre muerto que apareció en la sombra madrugada de una calle y un futuro incierto

y por cruzar, recuerdo la confianza que me alcanzó a los oídos en cierta ocasión sin premeditar un viejo librero de los que todavía dan buenos consejos sin cobrar que ha hecho que yo piense hoy todas estas cosas para escribirlas y otros piensen y comprendan, sé, decía que las almas de los que viven entre libros no mueren nunca del todo y que sin estar en pena se presentan cualquier día cualquier noche colgadas de la bombilla de algún cuarto que apetecen con un libro abierto en brazos como bíblico manteniéndose firmemente sobre la luz que alumbra, que se aletargan eso sí pero despiertan con más fuerza algunas noches decía algunos días entre las páginas de lo escrito haciendo escribir despertando a los que siempre tienen obligación de decir algo a los demás confesando que podría parecer superstición la creencia en tal motivo sin embargo ha bastado una experiencia para que yo vea que su rostro no está muerto que tiene razón el librero que incluso pienso creer que me habla que está hablando y que tengo que contarle sabiendo que es difícil comprender lo que se dice pero para mí repitiéndome que es más fácil después de verlo muerto de viejo de hambre de sed de sueño de olvido de amargura que se ha muerto de silencio y luego como siempre vendrán los homenajes de sus íntimos póstumos homenajes claro las exposiciones subvencionadas por los que lo meten ahora en la tumba los dineros recolectados para sacarlo de la fosa común porque una gloria de la patria no puede estar sino en un panteón de lujo la publicación de sus obras completas y si hace falta y se empeñan la lápida el busto la estatua el cuadro enmarcado en el mejor salón del museo o cualquier recuerdo para perpetuarlo en la memoria de nosotros los pobres vivos para quedarnos más tranquilos perdidos los remordimientos entre las páginas

de alguno de sus libros o recitando el poema que más le emocionaba antes de irse hasta la tierra que le tuvo desde siempre, pensando que la historia no es un cuento, que sigue repitiéndose...

«He caminado calles, rápido, doblando y cruzando esquinas solitarias que gritan y pretenden, sin lograrlo. agarrarte, encarcelarte entre sus lágrimas mudas, rete nerte al pasar, casi perdidas entre cloacas viejas y chimeñas bastardas hermanas, sin embargo, de las otras que expulsan humo de felicidad en los mejores edificios del centro, principescos hermanos de los mugresos locales de pobres paredes olvidadas en estos arrabales, a nadie encontrando en la mayoría de los lugares que recorro, fijándome, sin exceso, en todo, está el cielo más claro aunque corre la brisa de noviembre, deslizándose helada en gotas frías, cortando y plateando en mármol ese rostro también amarfilado y frío, exhalando la bruma corpórea y humana que es la vida que se siente...»

FUSILAMIENTO

«Toda ficción es siempre una denuncia, el testimonio de una rebelión, porque todo novelista es un rebelde, un descontento con cualquier aspecto determinado de la realidad que vive».

MARIO VARGAS LLOSA

El tiempo de siempre, pero mucho más cerca. Golpe de Estado y días difíciles para el vencido, como siempre. La minoría triunfa casi a veces, aletarga, despierta, mata humores vitales, en el hombre.

El esperado giro, copernicano, no pudo transformarse en realidad, sigue la lucha siendo en sueños; el momento, crítico en gravedad, aconseja al país la eliminación del partido político, cadáver ya en manos pseudoherederas cae el poder.

Largo y triste, el sangriento pensamiento de dos

años y algo, el miedo de la guerra nuevamente, exige fuerza muriendo y el sacrificio conveniente de la opinión, deliberado antes, llega a todos los lugares de una tierra que tiene abiertas, al sol que los seca, sus entrañas. Como simple medida preventiva, el enfermo está grave y puede esperarse el desenlace comatoso cualquier día, se viste a la política con nombre sedicioso; el opositor, vocación y profesión, encarcelado. Misión cumplida. La limpieza de pensantes alcanza de nuevo la barrera de la historia y vence, la traspasa, se hunde entre los pechos del hombre, chupa y mata, se baña en sangre, entre miseria jugando con la mente del vencido (ya sabemos que el vencido es siempre en ese momento un mal bicho, un apeestado). El apocalíptico jinete no se destierra nunca.

El líder de postura duerme, sin excepción, en la larga galería de esa amarga oscuridad que no encuentra jamás salida, encarcelado, deportado, juzgado con rapidez, el momento es crítico en gravedad, y rápidamente ejecutado. Está pidiendo así el pago la floreciente autoridad, la pena, la muerte urgente sin luz y sin defensa, cayendo sobre los sindicatos del obrero, del campesino, factores principales, fuente oficial, conductores del mandato liberal hasta la ruina. Por ese camino sin regreso, que se vea, los miembros caídos caminan, caminan a la cárcel en tropel como rebaño.

También ellos son miles, el apeestado por su cáncer —digo que no tienen la culpa de tener una cabeza para pensar, naturalmente— ese cuerpo podrido de vencido ha de apartarse, hombres de estudio y de conciencia, otros apenas con mínima sapiencia, sin comprensión, sin la razón del encarcelamiento, las férreas voluntades y los cobardes, personajes hampáticos, magnánimos, fé buena, todos juntos se dan la mano, los

ojos y hasta la enmudecida boca, lugares de derrotados, la mayoría allí hasta el fin de su existencia.

Ha sido la fina pluma vencedora la que juzga y firma repletando las cárceles de carne caída, humanidad del buitre y humanidad del águila son dos cosas iguales, oscuras paredes – dos grandes, dos pequeñas –, cuatro, alto techo en la mirada y ojos perdidos de esperanza, mugre y frío, sempiternos moradores del encierro, ratas y cucarachas, el ruido del grillo, humedad intermitente entre los huesos y la mente, casi una muerte llena...

Yo, aquí en la celda, pienso los llantos del hombre que lloran incluso las paredes con lágrimas de hedor, de sufrimiento, de cuerpo y desgracia, el olvido. Mi compañero es joven, campesino. Jamás había visto su retrato de niño. Somos dos cosas distintas hacia un mismo camino, hasta un fin sin llegada última. Diecinueve años sólo en sus espaldas, privaciones, de hambre y de lectura, un sueldo y un trabajo digno y encima se queja (dice el amo). Y ahora aquí, sin saber hasta cuándo y dónde van a llevarle, el recuerdo de su madre, única preocupación aún despierta y clara del sótano cerrado que ocupamos los dos (sin comida antes, sin comodidad, se soporta ahora también; yo no aguanto la privación de un libro, la falta de la música, somos dos cosas distintas en un mismo camino sin fin...)

Diecinueve años, pensando y mueve la cabeza, negativamente, no comprende, no pregunta, no pienses, no preguntes, déjalo, es así siempre la derrota y, a veces, más triste, veremos después. Después es la única ilusión en un encierro. Veremos después, después.

Después ha entrado el comandante, canoso ya, bi-

gote académico, mente prusiana, distintivo de jefe en las hombreras, molesto, algo sobresaltado diría, descompuesto mejor, incluso, casi. El sentimiento al exterior del rostro...

—¿José Morán? —reclama— (no lo digas, guarda silencio, tú no eres, tú no entiendes, es la derrota, calla, niega, no atestigues, siempre es así...)

Morán asiente (qué va a hacer si está preso...)

—Ha venido su madre. Hemos hablado. La convencimos que mañana estaría usted libre. Cosas del sumario (gesto tópico, entrecejo arriba). Procure repetir lo mismo que le he dicho. No hay otra vía de entendimiento. Bien sabe, sin embargo, que yo, si pudiera, le evitaría el fusilamiento, aunque no es cosa mía, tampoco, convenga en ello... Háblele, no hay mucho tiempo.

Sale. Morán y yo solos, me mira, interrogando sin palabras, yo callo, un nudo en la garganta, casi el llanto, lo de siempre.

La madre, su recuerdo antes, está ya aquí, realidad ahora, cae y llora sin sentido dentro del vestido negro, luto de padre, de esposo muerto. Hablan poco, corto, bajo, llanto y sonrisa en los dos rostros. Y despedida.

Que mañana sale libre, que lo ha dicho el comandante, que dicen que no miente, cosas del sumario, le dice, que han decidido que no hay cargo, que mañana a la calle, libre, a trabajar como siempre.

Mañana, a las seis de la mañana en el reloj, la madrugada, el orín en el asfalto, oscuro, frío, lóbrega

cárcel del olvido aún, son cosas difíciles de olvidar. No hemos dormido.

- ¿José Morán? - el carcelero.

Morán asiente, se levanta saliendo, las miradas en los ojos son angustia, desencanto, pena, fracaso en el alma. Más tarde un poco, seis disparos, palomas al aire, azul y negro el cielo, un rayo sin lluvia, sin tormenta, libres, el hijo y el padre juntos; la madre llora todavía. Muerte ya. Diecinueve años. Fui testigo.

NOCTURNO

«Estoy convencido de que sólo la obra de aquellos intelectuales que responden a esa pulsión y a esa rebeldía se encarnará en las conciencias de los pueblos y justificará con su acción presente y futura este oficio de escribir para el que hemos nacido».

JULIO CORTÁZAR

Lo había previsto. La noche era ya calurosa desde el atardecer sin aire. Pero, tengo la costumbre de dormir con las ventanas cerradas y así continuaron, las dejé, al acostarme.

Había dormido casi dos horas, desperté sudando, repentinamente sobresaltado... el ruido... pensé, había sido muy cerca, en la azotea... tal vez...

Intenté volver a dormir, huyéndome el sueño a ca-

da golpe de reloj. Me incorporé en el lecho, ahogado de calor y a oscuras, tropezando, el mueble, el zapato en el suelo, la pared, asperezas, abrí la ventana de la derecha, la que está en el corredor.

Y entonces ocurrió lo inesperado. Aquel ruido, uno de esos ruidos impertinentes y desveladores de nervios laxos un poco antes nada más de su venida, escandaloso y agrio, rareza histórica de inaguantable acústica vibratoria, entró en mi casa por aquella ventana abierta, trastornando mi cabeza, adueñándose de mi noche sin sueño. Intenté romper el entuerto, cerrar fuerte el ventanal, cuánto error cometí entonces al abrirla, con un esfuerzo inútil, vano, infantil casi ante aquella potencia ruidosa ya dentro, revolviendo cuanto se le antoja, los cajones del armario rojo, haciendo sonar las puertas de mis pocos muebles, abre, cierra, abre, cierra, abre, curioso, los libros, ¡ay!, mis libros, pienso entonces, dueño absoluto de todos los rincones de la casa.

Ladrón... le grité furioso, él sin oírme, sigue jugando con el viento, inseparable amigo de correría nocturna, escondiéndose entre los muebles, primero el turno al viento, luego al ruido, chapoteando el agua de las cañerías, la risa de sus devaneos llegando hasta mí, intermitente dolor obsesivo con la angustia de hierros rotos en mi cerebro cansado.

Ardía en fiebre. Desvelado, no puedo continuar escuchándolos ahí, tan cerca, en el corredor, traspasaba paulatina y forzosamente la frontera de la paciencia, de la espera, viendo en cada instante el respirar sosegado del reloj de aquella noche ya no mía, sin sueño.

Dispuesto a terminar con ellos, irritado, casi ciego,

me levanté y salí de la habitación. Casi me los tropezó en el umbral del dormitorio, quietos, asombrados, quizás no pensaron que yo estaba allí, sufriendo al acecho... observándome atentamente, el ruido delante, iba primero, amarillo y corpulento, ¡fanfarrón! con el desafío en los ojos; detrás, a su espalda, casi apoyándose en él, el viento y su sonrisa cínica, luciendo su oscuro rostro de mujer callejera, porque el viento por la noche tiene facciones femeninas...

Fue solamente un segundo, quizás medio, incluso, la mutua mirada, el aviso del ataque, acecho mutuo. Muchos fueron, sin embargo, los sentimientos que tocaron, apenas rozaron mi espíritu en aquel mismo segundo de incertidumbre. Lucha inminente, me encontré, por primera vez, estúpidamente inútil, agotado, mudo... Ni recuerdo quién fue el primero que se lanzó sobre el otro, ni cuántas manos contamos entre los dos ensartados en la lid y el viento. En la ocasión primera, soñé incluso, que los tenía asidos por el cuello, pero se diluyó, al instante, entre mis manos unidas frente, ante, tras aquel fantasma inexistente y real al tiempo.

Confieso que entonces no podía comprender que luchaba en desventaja, bien se sabe que el ruido es un ser que está acostumbrado a la oscuridad, a lo oscuro, callejeando esquina a esquina, sin parar, noche tras noche...

Tomaba él la forma apetecida cuando quería, metamorfoseándose con pasmosa celeridad, fácilmente, sin rastro anterior, como otra cosa; una vez fue el silbido agudo quien me dominó, el ruido rodando, aún más cerca, incomprensiblemente, corriendo más aprisa que yo, vano esfuerzo. Esperaba así la oportunidad,

su cambio de tonalidad, gato y camaleón; me era fácil comprender que era una imposibilidad que yo, ser humano, pudiera asir, así, sin más, el cuello de un silbido, por lo menos, no he oído hablar anteriormente en ello o algo parecido, ni se ha publicado noticia semejante, rebotando en las paredes, púgil en cuerda de ring, lanzándose zigzagueante contra mí, si esperaba su golpe en la derecha, me golpeaba en la izquierda, si miraba hacia abajo, tratando de atajarlo en el suelo, el ruido caía sobre mí desde arriba. Tirando con insólita violencia de mis cabellos, sintiendo ya rechinar las vértebras del cuello, yendo y viniendo de un lado a otro del corredor, con su risa estridente, rodando enorme canica de cristal macizo, sacando sus puños, invisibles para mí hasta el momento de sentirlos pesadamente en mi cuerpo, acabando poco a poco, mi esperanza, cerrando mis ojos, notando el dolor en las raíces de mis dientes, el sabor de la sangre salpicada en la boca.

Estaba rendido, extenuado, estando a punto de entregarme, levantaba ya la mano en señal de derrota; él, triunfador, cometió su error, su estúpido y único error de la noche robada. Tornóse, al punto, desoyendo la voz femenina, en música azul, paradisíaca; fue tan inesperado que tuve que hacer grandes esfuerzos para reprimir mi remozada alegría, aflorando la sorpresa a mi rostro amoratado casi del todo, dejando, al instante de ser el grotesco ruido que yo conocía.

Aproveché. Tomé en mis brazos, balanceando, casi imperceptiblemente aquella fuerza, momentos antes llena de poder, ahora voluntaria y caprichosamente acrática yo eché por la ventana, abierta aún, mi desvelo, la música de arpa, suave, casi femenina en la que se había convertido el ruido, confianza excesiva

de una soñada victoria que ya no llegaría jamás para él.

Cerrando las ventanas, todas, las de antes y las de ahora, con rapidez, despeñándose paredes abajo nuevamente ruido gris, tardía reacción, unos minutos los puños, sus golpes, sucediéndose en el cristal de las ventanas.

Al fin, derrotados ambos, inferida y calculada la vejación, el terror y la vergüenza fueron sus dueños, calle adelante, huyendo, abandonando su pedestal ladrón de dioses mitológicos. Después eran perros callejeros, doblando alguna esquina, ladrando desde lejos.

Sonriendo, orgulloso de la dura pelea, recuperando mi noche, dueño nuevamente de mi sueño, del camino del reloj nocturno, sobre la mesilla descansaba ajeno a la tragedia y a su desenlace, volví a acostarme, prometiéndome con fuerza, en adelante y por la noche, no abrir jamás ninguna ventana de mi casa, hiciera el calor que hiciera.

Día siguiente. Algún vecino, su nombre no lo recuerdo, pero lleva incipiente barba blanca y gafas gruesas de montura plateada, bastón, amable siempre, me habla de ciertos golpes que había oído en mi cámara la noche anterior. Sería un ruido, contesté sin importancia, convenciéndome fácilmente de la mentira.

Miré mi brazo izquierdo, a la altura del codo, por su parte posterior, donde el dolor se sentía más sensiblemente. Ví allí los golpes morados, huellas, testigos únicos y mudos de aquel ruido, del viento, de mí, de la lucha, de la noche sin sueño.

INDICE

- 9 *Este muerto*
17 *Fusilamiento*
25 *Nocturno*



BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



426682

BIG 860-3 ARM mon

Publicados

1. *Poemas Eróticos,*
de Constantino P. Cavafis
(Versión de Lázaro Santana)

- 2-3. *Monólogos,*
de J. J. de Armas Marcelo

Seguirán títulos de

Claudio Rizzo
Manuel Padorno
José Angel Valente
Roberto Fernández Retamar

*

Pedidos a

INVENTARIOS PROVISIONALES
Núñez de Balboa, 2-4.º-A
Las Palmas de Gran Canaria

INVEN-
TARIOS
PROVISI-
ONALES

Cubierta de *Juan Ismael*